

JOHN HENRY NEWMAN. PENSAMIENTO Y CORAZÓN EN BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Prof. Dr. FERNANDO RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, S. C. J.

Facultad de Teología
Universidad Pontificia de Salamanca

En la corta semblanza que hoy presentamos en la sección de «Grandes testigos de la caridad» nos proponemos dar a conocer a un cristiano extraordinario que a lo largo de todo el siglo XIX, en Inglaterra, destacó por una inteligencia caritativa y una caridad iluminada por el esplendor de la teología. Una persona que tuvo como razón de su existencia la incesante inquietud por la voluntad de Dios expresada como *búsqueda de la verdad*. Una personalidad compleja, que causó dificultades a sus contemporáneos, que no alcanzaban a interpretar su originalidad y su grandeza. John Henry Newman fue un hombre a la vez moderno y a la vez antiguo; se hallaba en su ambiente con los Padres de la Iglesia y los mártires de los primeros siglos y a la vez con los científicos y las muchachas obreras de su entorno; practicaba ayunos y penitencias pero leía novelas y viajaba en el medio más moderno de la época: el tren; era un sabio de las cosas antiguas pero hablaba el lenguaje de los jóvenes del momento; su modernidad desconcertaba a los de la *Iglesia alta* de Inglaterra, y su antigüedad a los

católicos; veía las cosas de forma siempre histórica pero también a la luz de la eternidad de Dios. Para él la cruz seguía siendo la medida del mundo.

En el conjunto de artículos de este número de CORINTIOS XIII, dedicado al desarrollo, la peripecia existencial de John H. Newman entra de lleno y con luz propia en la temática propuesta, pues no en vano le debemos a él la primera obra teológica que da razón de forma sistemática de una teoría del *desarrollo doctrinal* o lo que de forma más moderna hoy llamamos *evolución del dogma*. Newman es en este sentido como una bisagra entre un mundo antiguo que acaba y la modernidad que definitivamente se impone en la cultura occidental. Sin más introducción, veamos quien es nuestro personaje.

I. LOS COMIENZOS: LA CASA Y LA FAMILIA

J. H. Newman nació el 21 de febrero de 1801, en Londres (1). Su padre era liberal en materia de religión; no gustaba del «evangelismo» de la época. Era banquero de profesión, y prefería ser más bien moderado y racional. Su madre era de ascendencia francesa, y enseñó a su pequeño John la «religión de la Biblia», es decir, leer la Biblia en la Iglesia, en casa y personalmente, más que preocuparse de doctrinas o dogmas. A sus padres les gustaba el teatro, y en casa, con sus seis hijos,

(1) Para este resumen nos hemos servido sobre todo de las biografías en español publicadas con motivo del centenario de su muerte: Ch. St. DESSAIN: *Vida y pensamiento del Cardenal Newman*, Madrid 1990; M. TREVOR: *John H. Newman. Crónica de un amor a la verdad*, Salamanca 1989; J. MORALES MARÍN: *Newman (1801-1890)*, Madrid 1990.

no faltaron las representaciones y el cultivo de talentos musicales, literarios y artísticos.

En mayo de 1808 John y su hermano Charles ingresan como internos en el colegio privado de Ealing (cerca de Londres), donde se les dio una educación con métodos pedagógicos modernos para su época. Allí se cultivaban lenguas clásicas y también la música; John aprendió a tocar el violín. Los profesores exaltan su figura por el máximo aprovechamiento que el joven realiza en estos años. No sólo se distingue en las asignaturas, dirige una revista y fue presidente de un club juvenil. Pero también llegan los peligros: lee a los empiristas y ateos de la época y se recrea a veces en los argumentos contra la religión. Sin embargo, en esta época, hacia los 15 años, llega un momento decisivo, que él califica de «su primera conversión». En su autobiografía, la obra *«Apología pro vita sua»*, él señala un gran cambio en su forma de pensar. Comprende lo que es un dogma, y eso le marcará para siempre. En el año 1816 le sobreviene una enfermedad, y ello le hace también reflexionar. En su convalecencia hace lecturas teológicas que le marcarán en su concepción de la Trinidad. El joven profesor Walter Mayers le da a leer a Thomas Scott, quien le despierta a una defensa valiente de la verdad de la fe, de los dogmas de la Trinidad y la Encarnación, y de la inhabitación del Espíritu Santo en el alma. Scott era calvinista moderado, y enseñaba la doctrina de la felicidad eterna y la del castigo eterno, así como la predestinación, pero no aceptaba la predestinación a la muerte eterna, cosa que Newman llamaba también «detestable doctrina».

Según esto, Newman se convirtió en anglicano «evangélico», pero no de forma que cumpliera con todos los requisitos del tiempo. Él fue moderado e intelectual, y huyó de los sentimentalismos. Se preocupó en este tiempo de fundamen-

tar bíblicamente la fe revelada y se centró en el estudio del «credo atanasiano» (2). En esta época, Newman comprende que el celibato es un sacrificio que exige su vocación. Quedó prendado por el ideal de santidad y de entrega a Dios, y decidió ser célibe para siempre.

2. OXFORD, LA CIUDAD UNIVERSITARIA

En octubre de 1817 Newman llega al «Trinity College» de Oxford. Todos los estudiantes deben firmar «los 39 artículos teológicos anglicanos». Aquí se formaban la mayor parte de los clérigos de la Iglesia anglicana. No es que fuera un seminario católico tradicional, pero la mayoría de sus alumnos terminaban siendo ordenados para el ministerio pastoral. En este colegio llevó una intensa vida de oración y estudio, pero este periodo no influyó mucho en su evolución religiosa. Aquí se ganó también buenos amigos. En diciembre de 1817 recibió la primera comunión en la capilla del colegio universitario. En 1820 terminaba sus estudios, pero no con el final feliz que fuera de esperar. Dada la precaria situación económica de su familia decidió presentarse para obtener la condición de «miembro» de la corporación dirigente del «Oriel College», centro universitario de Oxford que entonces estaba en la cumbre de su fama intelectual y literaria. El 12 de abril de 1822 era elegido profesor, pasando a formar parte de una institución que le aseguraba la fama y que ejercería en él un gran influjo: «de todos los días el más memorable para mí» (3), dejó escrito entonces. De este modo, Newman pudo mante-

(2) Cf. el texto del Credo en: DENZINGER-SCHÖNMETZER, 46-47 y 75-76.

(3) John Henry NEWMAN: *Autobiographical Writings* (1956), 63.

ner a su familia, agotándose con clases oficiales más otras particulares. El 13 de junio de 1824 recibió el diaconado. Con motivo de esta fecha anota en su diario: «no te pido tanto consuelos como santificación» (4). A partir de ahora, Newman se siente consagrado a Dios y todas sus empresas tendrán siempre un objetivo pastoral. En julio de 1824 acepta el puesto de coadjutor en una parroquia pobre (San Clemente) en Oxford, donde dará inicio el ejercicio de su caridad pastoral.

Newman comienza entonces a predicar y a visitar casa por casa su feligresía pobre. Pronto percibe que la teoría «evangélica», que afirma que sólo los convertidos pertenecen a la Iglesia, no funciona. De su colega Edward Hawkins aprende la teoría de la regeneración bautismal, por la cual todo bautizado es miembro de la Iglesia, a pesar de su aparente falta de experiencia de fe. De él aprende también que es necesaria la «tradición» eclesial para interpretar la Biblia. En 1825 lee a Butler, y este obispo le marcará para siempre, sobre todo en su doctrina de las analogías entre lo creado y lo revelado. De él aprende también que la Iglesia es una realidad visible, externa, así como el carácter histórico de la revelación. Ya en estos años, Newman predicaba sobre la «visibilidad» de la Iglesia que es «católica» y «apostólica».

Es en la segunda mitad de los años veinte cuando Newman va a conocer los amigos que más van a influir en su teología y en su paso a la Iglesia católica. El primero de ellos es Richard Hurrell Froude, seguidor ardoroso de la «Iglesia alta» anglicana y «miembro» del Oriel. También conocerá y admirará a otro seguidor de la «Iglesia alta», E. B. Pusey, que era «miembro» del Oriel desde 1823. Froude era discípulo de John Keble y ambos representaban lo mejor de la antigua tra-

(4) Cf. Ch. St. DESSAIN, o. cit., 29.

dición de la «High Church» (Iglesia Alta) de Inglaterra. Fue Fronde quien consiguió, y se gloriaba de ello, que Newman y Keble se relacionaran directamente. Froude sabía apreciar la Iglesia romana y consideraba que para la instrucción era más importante la Tradición que la Biblia. No le gustaban los reformadores y su ideal era la Iglesia teocrática de la Edad Media. Poco a poco fue consiguiendo que Newman cambiase de idea respecto a la Iglesia católica, le enseñó a creer en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y a tener devoción a la Virgen María. También le hizo conocer y aceptar la doctrina de «la sucesión apostólica». Con ello, Newman entró de lleno en la doctrina anglicana de la «Iglesia Alta» del siglo XVII.

3. TENTACIONES DE JUVENTUD: EN SU AYUDA LOS SANTOS PADRES

Pero cuando Newman salía de su «evangelismo» sintió la tentación de inclinarse hacia el anglicanismo liberal, tendente hacia la «religión natural», donde lo sacramental y sobrenatural se esfumaba. De esta tentación le libró su amor a los antiguos Padres de la Iglesia. Ya desde 1816, época de su conversión, leía con placer la historia de la Iglesia antigua y los fragmentos de los Padres que allí se contenían. Pronto los primeros siglos se convirtieron para él en el «ideal hermoso» del cristianismo. Desde 1825, Newman comienza a escribir algo sobre los Padres. Pero desde 1827 los lee cronológica y sistemáticamente, empezando por San Justino y San Ignacio de Antioquía. Al principio los leía para corroborar doctrinas protestantes, pero pronto se dio cuenta que así perdía la mitad de su contenido. Este estudio sistemático fue un complemen-

to esencial a sus conocimientos bíblicos, para entrar en contacto con la plenitud de la Revelación.

Dos acontecimientos dolorosos, una enfermedad por exceso de trabajo en 1827 y la muerte de su hermana Mary el 5 de enero de 1828, le van a sacar de todo peligro de liberalismo: cada vez se dirige con más fuerza hacia el mundo invisible y sobrenatural. En el 1828 Hawkins fue elegido preboste del Oriel y Newman pasó a asumir la parroquia de la Iglesia universitaria de Santa María. La parroquia abarcaba la humilde aldea de Littlemore. Su madre y su hermana se instalarán allí y colocarán la primera piedra de una nueva iglesia. Gesto simbólico ciertamente, pues en esta aldea es donde Newman comenzará el nuevo camino de su paso a la Iglesia católica. En el Oriel, él con sus colegas Froude y Wilberforce, reorganizan los estudios y se sienten más misioneros que tutores seculares. El preboste no está de acuerdo y no les asigna alumnos. Newman entonces se dedica a un estudio sobre el Concilio de Nicea, que un editor le pidió. Con los libros de los Padres que sus alumnos le regalaban se puso a trabajar y el libro estaba listo en julio de 1832, es su primera obra: *Los arrianos del siglo IV*.

En la elaboración de esta obra Newman se va convenciendo cada vez más de que la Iglesia primitiva era el verdadero punto de referencia de la doctrina revelada del cristianismo. Lo que preocupaba a Newman era la necesidad de definir y elaborar, a medida que avanza el tiempo, las verdades contenidas en la Sagrada Escritura. El Concilio de Nicea ofrecía uno de los mejores ejemplos de este proceso. Newman aceptaba que, en abstracto, era mejor acoger las doctrinas de fe sin credos, ni formularios, ni definiciones. Pero desde la era apostólica esto se había hecho necesario, tanto para facilitar la ense-

ñanza de los convertidos como para contrarrestar la herejía. Con ello, Newman llegó a conocer los fundamentos de la fe revelada, sobre todo en la disputa cristológica arriana (con padres como s. Atanasio, el papa s. Dámaso, s. Basilio). Según él, hay que creer en esa religión revelada, someterse y practicarla y no juzgarla por su efecto sobre nuestros sentimientos.

Con estas ideas Newman predica en Santa María desde 1828 y su influjo se hace notar. Muchos discípulos del Oriel y nuevos amigos forman un círculo de amistad en torno a él. Antes de 1832 Newman había escrito unos 600 sermones. En 1834 comienza a publicarlos y entre este año y el siguiente se publican tres volúmenes, que resumen muy bien su pensamiento teológico en el momento de romper con el evangelismo. Los volúmenes contienen sermones populares y sencillos, llenos de sentido práctico pero también doctrinal, un sentido que contrarresta con fuerza el evangelismo de las mayorías anglicanas, que es subjetivista y sentimentalista. Newman desarrolla también en estos sermones la idea de la presencia de Dios en la vida del cristianismo por la inhabitación de la Trinidad en el alma. El verdadero cristianismo es presencia de personas. Newman fue así un predicador de verdades olvidadas entonces. Trató de contrarrestar una presentación del cristianismo desequilibrada e incompleta, que hacía mucho daño, según él. Para ello se centró en el misterio pascual de Cristo y la efusión del Espíritu Santo, pero también en los sacramentos y en la liturgia. En estos sermones destaca también la idea de Iglesia, una idea muy elevada y completa. La llama «pueblo elegido de Dios» y se queja de los que han inventado una Iglesia invisible, formada sólo por santos. Para él sólo existe un cuerpo visible que está unido a Cristo: visibilidad e invisibilidad forman dos aspectos de la única realidad eclesial. Newman llega-

rá a tener incluso una verdadera devoción a la Iglesia, y la conservará siempre. Gracias a la Iglesia, dice, se guarda la revelación, ni la creamos ni la destruimos; es obra de Dios y por eso es un pecado abandonarla. Newman, se duele con fuerza de la separación en pedazos de la Iglesia de Cristo. Desde su adolescencia oraba por la unidad de los cristianos. También hablará en sus sermones sobre las excelencias y privilegios de la Madre de Dios.

4. COMIENZA EL «MOVIMIENTO DE OXFORD»: UNA EPOCA CRÍTICA

A partir de 1833, y durante cinco años, Newman va a ser el líder del llamado «*Movimiento de Oxford*». Comienza el año con un gran viaje por el Mediterráneo junto a la familia de los Froude. Aquí se ensanchan sus horizontes, aunque su pensamiento está fijo en Inglaterra y en la misión de liberar a la Iglesia anglicana de manos de los liberales para devolverla a su origen genuino. El 14 de julio de 1833, Keble fue a Oxford para predicar en el púlpito de Santa María «el sermón de los jueces» sobre la «la apostasía nacional». Newman considera este día y este hecho como el nacimiento del Movimiento de Oxford, restando importancia a lo que él había hecho antes y hará después. La ocasión de este sermón fue la supresión, por parte del Parlamento, de varias sedes episcopales en Irlanda. Con ello, el Estado mandaba sobre los sucesores de los apóstoles. El Movimiento de Oxford, comienza, pues, reafirmando la independencia de la Iglesia como sociedad, cuya autoridad procede de los apóstoles, y por ello serán llamados también «los apostólicos». Ahora la Iglesia se veía como es-

clava del Estado, y ésta era la cuestión de fondo en el surgimiento del movimiento.

Para luchar contra esta situación Newman propone a sus amigos asociarse para editar folletos divulgadores de sus ideas. El mismo escribe cuatro en el mes de agosto, y los hace publicar. Son los *Tracts for the Times*, que eran escritos breves pero enérgicos en la defensa de la Iglesia. Froude, y Keble se unen a la idea. A finales de año habían aparecido veinte *Tracts*, once de ellos escritos por Newman. El 23 de abril de 1834 Newman comienza, además de los sermones, a dar unas conferencias semanales sobre la idea de Iglesia, y el 30 de junio empezó un acto litúrgico diario en el altar de Santa María. Por ese tiempo comienza el asalto de los liberales a la Universidad de Oxford, considerada entonces «ciudad sagrada del anglicanismo». Newman se va a oponer con todas sus fuerzas, porque esto le parece la destrucción de la fe cristiana a causa de los principios antidogmáticos de dichos liberales. Mientras tanto, el movimiento «tractariano» se fortalecía, sobre todo con la entrada en él del Dr. Pusey, famoso por su erudición y piedad.

1836 fue un año de grandes acontecimientos. Muere Hurrell Froude, de tuberculosis. Le regalan su breviario romano y Newman lo rezará todos los días. En mayo muere su propia madre y poco después se casan sus hermanas. La familia ya no podrá dedicarse a cuidar los pobres de Littlemore, pero la iglesia de ese lugar, ya terminada, se abre al culto. El movimiento tractariano sigue cobrando vigor, hasta tal punto de que las autoridades eclesiásticas comienzan a preocuparse. No tardó en llegar un choque con la Iglesia y la Nación. Al recuperar el ciclo completo de verdades cristianas Newman daba la impresión de difundir la doctrina de Roma. Esta acusación era fuer-

te en un país protestante como Inglaterra. Pero Newman, en este tiempo era anticatólico, y así lo mostraba en los *Tracts* (sobre todo el 38, 40, 71), donde polemiza con extrema dureza contra «los papistas». Lo mismo hará en su obra *Vía Media de la Iglesia anglicana*. En este tiempo sostiene la «teoría de las tres ramas». Según él, la Iglesia visible y verdadera se había dividido en tres ramas: la griega, la romana, y la anglicana. Para encontrar la unidad había que buscar la verdad íntegra antes de la división, en la Antigüedad, los Padres y la Escritura. Pero esta idea es rechazada por los protestantes en su doctrina del juicio privado. En los católicos, por su doctrina de la infalibilidad que les lleva a descuidarla en la práctica. La «vía media» anglicana es entonces la que permanece en la verdad. Como anglicano, Newman defiende que la verdad de la fe se conserva en la Iglesia unida, antes de las rupturas. Pero siempre reivindicó cierta infalibilidad para la Iglesia. La dificultad era que el protestantismo y el catolicismo eran Iglesias reales. Sin embargo, su «vía medía» era sólo una teoría sobre el papel. Había que despejar esta dificultad, y en esta situación se encontraba cuando apareció su obra «Vía media».

Su personalidad se iba afianzando, curiosamente sin conocer aún a S. Felipe Neri, en la dirección de este santo italiano de carácter sencillo y juguetón, pero sobre todo preocupado de la formación de los niños y jóvenes. Esto explica que cuando se hace católico y conoce en Roma la figura de san Felipe y su obra del Oratorio sienta que su idea y su misión como católico en Inglaterra será la de fundar el Oratorio filipense en su amada Inglaterra. Newman aborrecía las apariencias u ostentación religiosa, y procuraba con su sencillez y buen humor alejar la admiración hacia su persona, como si él fuera alguien importante. Sencillamente era siempre él mismo, en su

pensar y en su comportamiento. Se cuenta que vino a Oxford por esa época un personaje pomposo y le invitó a cenar después de que pronunciase el sermón universitario *Fe y razón contrastada como hábitos mentales*. Newman escandalizó al personaje al ponerse durante la cena a dibujar con sus manos conejos en la pared a través de las sombras. Cuando el tal personaje le riñó por su comportamiento la respuesta de Newman fue quedarse dormido en el sillón. Otro día, dos serios pensadores de Cambridge, adheridos al movimiento tractariano, vinieron a ver a Pusey y Newman estaba presente. Quedaron asombrados cuando a lo que se dedicó es a sentar a los hijos de Pusey sobre sus rodillas y contarles el cuento de una escoba mágica. Este tipo de gestos explica porque durante toda su vida su pasión fuese dedicarse a la educación de la juventud, sobre todo de aquella juventud católica que en Irlanda y en Inglaterra no tenía posibilidades de llegar a la Universidad.

5. LAS CERTEZAS ANGLICANAS SE RESQUEBRAJAN

A partir de 1836 comienza un segundo periodo del movimiento de Oxford. Newman se encuentra en su apogeo y sus actividades son muy intensas. En su Apología escribe: «yo tenía un amplio y audaz sistema religioso, muy distinto del protestantismo del momento» (5). Se trata de una exposición bastante objetiva y equilibrada de las verdades de la fe, a partir de la Escritura y los Padres. Newman tenía la ventaja de no estar

(5) J. H. NEWMAN: *Apologia pro vita sua*, 93.

influido ni por la escolástica, ni por filosofías de pensamiento cerrado en sí, ni por principios rígidos protestantes. El suyo era un anglo-catolicismo clásico, verdaderamente universal. En 1842 había publicado otros tres volúmenes de *Sermones parroquiales*, pronunciados entre 1836 y 1841. Después de publicarlos, ejercieron más influencia que en su predicación, y gustaron incluso más que a los que escuchaban en directo a Newman. En estos años se publican también sus *Conferencias sobre la doctrina de la justificación*, pronunciados en Santa María el año 1837. Fue un libro de notable éxito. J. Döllinger dijo de él: «se trata, a mi modo de ver, de uno de los mejores libros teológicos publicados en este siglo» (6). En esta obra, de intención ecuménica, Newman trataba de demostrar que la doctrina luterana de la justificación por la fe y la doctrina católica son compatibles. La obra desarrolla también temas cristológicos y eclesiológicos de gran altura. Algunos autores han afirmado que es la obra más teológica de Newman.

Entre 1838 y 1842 Newman predica con mucha frecuencia y se esfuerza por hacer conocer lo que él llama «la religión revelada». Por entonces publica las memorias de su amigo R. H. Fronde, y a la vista de su adhesión a las verdades católicas y su rechazo del protestantismo, esto causa la ira del protestantismo anglicano. A principios de 1837 da inicio en sus habitaciones a unas veladas semanales para estudiantes, que durarán cuatro años. Los amigos se multiplican y desayunan o cenan con él para hablar de toda clase de temas. Lejos de ser un intelectual solitario Newman es un párroco activísimo. Recibe y hace infinidad de visitas. Su agenda, ya de por sí plagada de

(6) W. WARD: *The Life of John Henry Cardinal Newman*, vol. I, (1912), 444.

compromisos, necesitaba hojas aparte donde anotaba tareas aún por realizar: bautizos matrimonios, entierros, responsabilidades como arcipreste rural, visita a los enfermos todas las semanas, clases de confirmación, los maitines diarios en Santa María, el servicio semanal de comunión. En sus notas se mezclan notas de densidad teológica sobre el panteísmo reinante con notas que dicen: paraguas, lavandería, caridad, medicamentos, cartas, paquetes, colectas de los servicios de comunión para beneficencia, etc. (7).

En estos años tenía una gran confianza en su causa de sanar el anglicanismo a base de su teoría anglo-católica, y aquí estaba el objetivo de su vida: «Amo a nuestra Iglesia como porción y realización de la Iglesia católica entre nosotros», había escrito a su amigo Rose en 1836. Para poner ante la consideración de la gente no tanto la teoría de la religión revelada sino el ejemplo vivo de ella, publica en 1840 *La Iglesia de los Padres*, compilación de artículos escritos anteriormente. Con ello logra recrear la atmósfera de la Iglesia primitiva. También es el promotor de traducción de escritos patrísticos y promociona la *Biblioteca de los Padres*, que da inicio en 1838, y para la cual él mismo tradujo tres volúmenes de san Atanasio. De 1838 a 1841 dirige la revista *British Critic*, convirtiéndola en un órgano muy eficaz del movimiento tractariano. En 1843 aparece el libro *Sermones predicados ante la universidad de Oxford*, en los cuales Newman aborda sobre todo el tema de las relaciones entre la fe y la razón.

En estos últimos sermones, como a lo largo de toda su obra, hay intuiciones geniales. El sostiene: «todos los hombres razonan, pero no todos pueden presentar razones». Según él,

(7) Cf. M. TREVOR, o. cit., 83-84.

la fe no nace de la razón, pero tampoco la excluye. Mientras estuvo en Oxford, Newman mantuvo a raya al racionalismo con sus «Tracts» y sus cartas en el periódico. Fueron famosas sus siete brillantes *Cartas de Catholicus* en pugna con Sir Robert Peel. Hasta qué punto fue un hombre que veía el futuro con lucidez casi inspirada, lo muestra un texto de un Sermón pronunciado en 1873: «Pienso que las pruebas que nos acechan aterrarían y causarían vértigo incluso a corazones tan intrépidos como san Atanasio y san Gregorio, los cuales reconocerían que, por terriblemente oscura que fuera para ellos la perspectiva de su tiempo, la nuestra tiene una oscuridad de un tipo diferente de todas las que ha habido antes... El cristianismo no ha tenido nunca todavía la experiencia de un mundo simplemente irreligioso» (8).

6. LA CRISIS SE AGUDIZA: SIN TIERRA BAJOS SUS PIES

Durante el verano de 1839 Newman estudiaba la historia de la Iglesia en el siglo V. Puesto que él postulaba una «vía media» entre catolicismo romano y protestantismo, y puesto que un problema era que no podía probarla en la realidad sino sobre el papel, creyó encontrar en este periodo una Iglesia que vivió ya en el siglo V dicha «vía media». El Concilio de Calcedonia, convocado a instancias del papa León Magno en el año 451 condenaba a Eutiques, que sostenía una sola naturaleza en Cristo. Él y su grupo estaban en el monofisismo extremo. Pero hubo otro grupo monofisita moderado que llegó a ser

(8) *Catholic Sermons of Cardinal Newman*, editados por el oratorio de Birmingham (Londres 1957), 121, 123.

poderoso en Oriente, éste sería el representante de la vía media. Sin embargo, Newman percibía agudamente el dilema: es difícil aceptar el Concilio de Calcedonia y la posición de Roma sin querer aceptar; con la misma lógica, la posición de Roma en el siglo XVI respecto a los herejes protestantes y anglicanos. En la *Apología* escribía: «Mi fuerte era la antigüedad; en aquel momento me parecía ver reflejada a mediados del siglo V la cristiandad de los siglos XVI y XIX. Contemplé mi rostro en aquel espejo ... y yo era monofisita».

Las convicciones de Newman se tambaleaban y entonces llegó a pensar: «después de todo la Iglesia de Roma puede tener razón». A esto se añadió un artículo de Nicholas Wiseman, en el que mostraba como San Agustín solucionó el problema planteado por los donatistas. Con una regla muy sencilla: *securus judicat orbis terrarum*; es la catolicidad la garantía de la verdad. Esto impresionó a Newman, pero de momento volvió a sus ideas antirromanas tapando ante sus ojos su nueva visión. Escribió incluso replicando a Wiseman, pero él mismo se daba cuenta de que es difícil pensar que todo el cuerpo de la cristiandad se ha equivocado menos la iglesia inglesa, así como protestar contra el hecho de que el cuerpo eclesial haya añadido algo a la fe. Más bien habrá que presuponer que ella tiene poder para hacerlo. Pero Newman se resistía a admitir esas añadiduras y no consideraba admisibles los desarrollos doctrinales en la Iglesia católica. «¿Sabe ahora la Iglesia más de lo que los apóstoles sabían?» se preguntaba torturado. Y se respondía: la Iglesia inglesa es la Iglesia católica en Inglaterra, a pesar de todo. Así duró la situación dos años, hasta que en el verano de 1841 Newman empezó a traducir los tratados de san Atanasio contra Arrio. Todo se repetía: los arrianos eran como los protestantes, los semiarrianos como

la «vía media» de los anglicanos, y Roma seguía estando donde está ahora. ¿Porqué seguir a Roma en la antigüedad y ahora no?

Cuánto más estudiaba la antigüedad cristiana Newman observaba que en la Iglesia de Inglaterra había tanto protestantismo incrustado que era difícil sostener que ella fuese una rama de la Iglesia católica. Los 39 artículos le aparecían ahora como una declaración netamente protestante. Para tratar de responder a esta dificultad y para mantener en la Iglesia anglicana a los que suspiraban por Roma escribió Newman el último de los *Tracts for the Times*, el 90, el más famoso, publicado el 27 de febrero de 1841. Su objetivo era demostrar que al menos los 39 artículos no contradecían la fe «católica», tal como los interpretaban los tractarianos. Volvía la teoría de las ramas: anglicanos, ortodoxos y romanos pertenecen a la única Iglesia católica. Los católicos aceptaron esta idea como una mano tendida. Pero la rama protestante anglicana condenó enérgicamente el *Tract 90*, y a Newman por desleal, por pretender conciliar los 39 artículos con los errores católico-romanos. En Oxford, tanto directores de colegio, como el obispo, como los liberales pronunciaron sentencia condenatoria. Después lo hicieron otros obispos anglicanos.

Newman se dio cuenta que con la publicación de estas ideas había perdido su posición de líder de la Iglesia de Inglaterra; se había venido abajo. Además esta Iglesia, no sólo no se acercaba a Roma sino que rechazaba su interpretación de plano y se acercaba a los protestantes. En efecto, en 1841 se instaura un obispado anglicano en Jerusalén y para ello se asocia a los protestantes de Prusia, de modo que las Iglesias protestantes tuvieran su presencia en Tierra Santa. Un hecho más que conducía la mente de Newman hacia la idea de que en el fondo

el anglicanismo no es la Iglesia católica en Inglaterra. Fue otro duro golpe para Newman. Por ello, a finales de 1841 se retira a vivir en soledad y ayuno en la pequeña aldea de Littlemore. Era una pequeña población, anejo marginal de la parroquia de Santa María. En la Edad Media tuvo un convento de monjas que sirvió de granja más tarde y ahora estaba abandonado. Allí, entre aquellas gentes sencillas no había ni siquiera Iglesia, y ya Newman había conseguido construir una, consagrándola el 22 de septiembre de 1836. Ahora se preocupó también de la escuela. Se había puesto en marcha hacía poco, pero la profesora era perezosa y bebía. Newman se las arregló para que las niñas viniesen limpias, con nuevos uniformes que él las regaló y que aprendieran a hacer labores que luego les serían muy útiles en sus casas. Él personalmente se ocupaba de darles catequesis los domingos, siendo capaz de tener a los niños atentos y de enseñarles profundos contenidos que nunca olvidarían. En su método de enseñanza no dejó a parte algo que pedagógicamente era y es relevante: la música y el canto.

Su situación espiritual, sin embargo, era tensa. Puesto que su interpretación de los 39 artículos fue rechazada y estos eran necesarios para todo cargo en la Iglesia anglicana pensó que debía reducirse al estado laical, y así lo hizo. Entrar en la comunión con Roma, le parecía imposible. No podía admitir que en ella se tributasen honores a la Virgen y a los Santos, incompatibles con el culto a Dios. En octubre de 1842 se traslada definitivamente a Littlemore y allí traslada su biblioteca patristica. En este pobre y sereno lugar va a permanecer tres años, que van a ser la clave de su cambio. Ya en 1843 sucede «algo que al fin

(9) *Correspondence of John Henry Newman with John Keble and Others, 1839-1845*, editada por el oratorio de Birmingham (London 1917), 218-219.

se me ha metido por la fuerza en mi plena conciencia» (9). Ese algo era la convicción de que la Iglesia de Inglaterra vive en el cisma y que las adiciones romanas al credo apostólico son desarrollos legítimos del depósito de la fe. Así se lo escribía a su amigo John Keble. Pero estas convicciones eran frenadas por dos responsabilidades:

- a lo mejor es todo una ilusión; hay que esperar;
- todos los que él había arrastrado a una renovación de vida cristiana quedarían confundidos si se hace católico, y tal vez pasarían al escepticismo.

Había que esperar; dedicaba cada día cuatro horas y media a la oración y nueve al estudio y traducción de San Atanasio y los Padres. Otra convicción se iba afianzando en su alma, y es que cada vez esperaba menos de este mundo y por eso le parecía más rechazable el matrimonio de los eclesiásticos. Entretanto no dejaba de visitar a los enfermos, como la señora Lenthall, enferma de cáncer, que Newman visitó fielmente durante dos años hasta su muerte.

7. LLEGA LA DECISIÓN: HACERSE CATÓLICO

Como es fácil de imaginar, en esta situación 1844 fue un año de noche oscura. Murió su primer amigo de Oxford, pero también su amigo Bowden, de tuberculosis como Froude, no sin antes recibir la visita del amigo Newman, que hará siempre estos acompañamientos a los amigos hasta el lecho de muerte, recorriendo muchos kilómetros, a veces estando él mismo enfermo. Las personas a él cercanas estaban desconcertadas. Abandonar la Iglesia anglicana era, a mediados del XIX, algo de

consecuencias sociales y religiosas hoy inimaginables. Por otra parte, la situación de la Iglesia católica no ofrecía grandes alicientes a su paladar espiritual y a su sensibilidad. Para despejar sus dudas intelectuales Newman se puso manos a la obra, elaborando un tratado filosófico sobre el desarrollo del dogma. Nació así su célebre *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*. En parte era un intento de explicar a los demás, pero sobre todo a sí mismo, las razones de su cambio de opinión y de su pertenencia eclesial. Se trataba de explicar la diferencia de enseñanza entre la Iglesia antigua y la del siglo XIX. Para él, la diferencia era la misma que hay entre el muchacho y el adulto. El cristianismo, por tener una vocación universal, tiene que cambiar y adaptarse manteniendo su verdad nuclear. Pero, para que ello sea posible hay que admitir una autoridad que regule el desarrollo; ésta debe ser una autoridad viva, en cada época, que libere del error; pues la revelación debe perpetuarse hasta el fin, de forma objetiva en el mundo. Esa autoridad deberá ser además infalible. El Newman anglicano veía esta autoridad en la Iglesia antigua, en los Padres. Pero, ¿y ahora? En esto la Iglesia romana era idéntica a la Iglesia de los Padres, hoy como ayer. Por eso él debía entrar en el «único rebaño del Redentor» (Carta a Pusey). Por fin llegó la decisión, que en sus palabras: «fue como llegar al puerto tras una borrasca» (10). Había decidido entrar en la comunión católica. Newman no renegó de su pasado y abandonar el anglicanismo fue extremadamente doloroso para él. Significó dejar todo lo que más amaba, sus ideas, sus amigos, incluso su familia, que no le comprendió.

En medio de la crisis, a Newman le había frenado el ver los métodos de implantación de la Iglesia católica en Inglaterra,

(10) NEWMAN: *Apología*, 238.

porque no le parecían evangélicos sino diplomáticos. Por eso exclamaba: «No puedo pensar nunca que tales procedimientos sigan las huellas de Cristo. Si quieren convertir a Inglaterra, que entren descalzos en nuestros suburbios industriales, que prediquen al pueblo como san Francisco Javier, que aguanten pedradas y patadas, y entonces reconoceré que pueden realizar lo que nosotros no podemos ... Que usen las armas propias de la Iglesia y así demostrarán que son la Iglesia» (11). Justamente, cuando él escribía esto no sabía que el 5 de noviembre de 1840 un fraile italiano pasionista, el P. Domingo Barberi, había desembarcado en Inglaterra y estaba utilizando los medios misioneros que Newman sugería con vehemencia: descalzo, con su hábito en medio de los barrios industriales y los suburbios, aguantando burlas y pedradas, iba obteniendo un éxito notable, a pesar de su insuficiente conocimiento de la lengua inglesa. Ese intrépido fraile sería la persona que Dios había preparado para recibir a Newman en la Iglesia católica, y así sucedió el 9 de octubre de 1845. Domingo Barberi sería declarado beato por Pablo VI el año 1963.

La idea de un desarrollo doctrinal que no traiciona la verdad, sino que la hace estar viva y dotada de toda su frescura para cada generación fue lo que finalmente llevó a Newman a rendirse a la voz de la verdad. Estudiando de nuevo la antigüedad cristiana, no podía dejar de ver a la Iglesia católica como centro de la unidad eclesial querida por Cristo y a la Iglesia anglicana como una Iglesia cismática, separada de este centro de comunión. Cristo es una persona, no una idea, y de modo semejante su Iglesia es una comunidad viva que no sólo tiene historia sino que «es» historia, por lo que ella es guiada por el

(11) Citado en M. TREVOR, o. cit., 100.

Espíritu para mantenerla siempre unida en alma y corazón. La Iglesia es una comunidad de pensamiento y de amor; que crece continuamente desarrollando su comprensión de la Revelación y también creciendo en su fidelidad en la vida concreta por medio de la caridad. Por eso no podía excluir que en la Iglesia las «ideas» se desarrollen como ocurre en todo ser vivo. Así dieciséis años antes que Darwin, Newman formuló una teoría del desarrollo y de la evolución doctrinal que suponía la base ideológica de lo que hoy concebimos tranquilamente como un mundo en evolución, cosa que a mediados del siglo XIX era algo que distaba de ser evidente.

Puesto que en Newman teoría y vida no fueron algo que caminasen cada cosa por su lado, cuando despejó sus dudas sobre el desarrollo de las doctrinas cristianas como la ley natural de todo ser vivo, pasó a la acción. Ahora, lo que él veía en la Iglesia actual de Roma no eran corrupciones, sino el resultado en el tiempo de la reflexión colectiva de lo acontecido en Jesús. El oficio apostólico de los obispos, con el papa a la cabeza, es el cuerpo de autoridad siempre viva que guía el desarrollo de las doctrinas preservando del error dicho desarrollo, puesto que la búsqueda de la verdad en la Iglesia está guiada por el Espíritu que Jesús prometió para llevarnos «hasta la verdad completa» (Jn 16,13). Por voluntad divina, hay un cuerpo unido, que es la Iglesia, y el oficio de san Pedro, por disposición de Jesús, es el de mantener en la unidad este cuerpo en el que se conserva el Evangelio vivo, sujeto a nuevos crecimientos en su comprensión más profunda. Por esta razón Newman se hizo católico, y no por ninguna otra.

Pusey y otros importantes representantes del anglicanismo tractariano expresaron este paso de su amigo con generosidad y a la vez con dolor. También a él le costó, porque era

muy consciente de que rompía vínculos con el hogar, el trabajo, los medios económicos, y, lo más doloroso, familiares y de amistad. Después de la confesión de fe vino la confirmación, de manos del obispo Wiseman. Él mismo tuvo amplitud de miras y recomendó que el libro «El desarrollo» se publicase tal como salió de la pluma de Newman, y fue él el que le convenció para que accediera al presbiterado católico. Cuando fue a Littlemore, para recoger sus cosas y trasladarse de casa, las gentes sencillas, que no sabían comprender lo que había sucedido en su alma, le recordarán siempre por su bondad, sus visitas, pero sobre todo por su fe cuando les sostenía en momentos difíciles.

8. EL PASO POR ROMA: EL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI

Ya católico, Newman partió para Roma en 1846 para estudiar teología, junto a un grupo de jóvenes amigos que se habían convertido a consecuencia de su estancia en Littlemore. Newman residió en el colegio de «Propaganda fide», y allí se propuso, junto a los compañeros, clarificar su vocación y su futuro. ¿Sería entrar en una Congregación religiosa? ¿Jesuitas? A él le parecía que había empezado una tarea en Inglaterra que debía continuar. En Roma se sintió muy feliz, no salía para llevar vida de sociedad, sino sólo para comprobar que a la señorita Giberne, de Inglaterra, no le faltase nada de lo necesario. Él la acompañó toda su vida, cuidándola con sus consejos y con las cosas más materiales. Más tarde se haría religiosa en Francia. En ese tiempo, ya Wiseman le había sugerido la fórmula del Oratorio de san Felipe Neri: sacerdotes seculares, de vida común, sin votos, pero con vida independiente. Cuando

Newman conoció al Santo Felipe Neri y su Congregación moderna, enseguida le convenció. Sus compañeros, en parte, ya habían vivido así con Newman en Littlemore, de modo que solicitaron al papa Pío IX permiso para fundar el Oratorio en Inglaterra y adaptar allí la regla de san Felipe. Para prepararse a esta misión, en Roma, durante la Semana Santa, Newman y su compañero St. John lavaron los pies a los peregrinos el Jueves Santo. Para él no fue algo agradable pero le pareció un gesto de caridad poco espectacular, preludio de lo que le esperaba en Inglaterra.

Obtenido el permiso, el primer Oratorio se fundó en 1848 en Old Oscott, rebautizado con el nombre de Maryvale. Poco después, Newman se trasladó al centro de Birmingham para fundar otro Oratorio, donde se ocupará personalmente de los pobres e inmigrantes irlandeses. En abril de ese año, se funda el Oratorio de Londres, al frente del cual pone a Frederik William Faber, sacerdote de escaso equilibrio psíquico, que le traería problemas toda su vida. Hay que anotar que Newman, con estas iniciativas no proyectó una vida de estudio y de tranquilidad, sino que quiso fundar el Oratorio «en un sector populoso de Birmingham», en medio de las construcciones de la técnica moderna, donde tenía un contacto directo con los obreros y la juventud más necesitada en la Inglaterra de su tiempo.

Como suele ocurrir con los fundadores, a causa de esas nuevas fundaciones a Newman le vendrían los sufrimientos más crueles. Resultó que los convertidos, la mayoría agrupados en el Oratorio de Londres, se hicieron ultramontanos y bastante extremistas, llegando a despreciar a Newman, al calificarle de «galicano» o de «sólo católico a medias». Pasaron de ser sus discípulos a ser sus acusadores, mientras que los

viejos católicos le defendían. En estos primeros años de conversión, escribe Newman su novela *Perder y ganar*, sobre un convertido de Oxford, texto que tiene algunos rasgos autobiográficos. El inicio del Oratorio en Birmingham no fue fácil. El domingo después de inaugurado había seiscientas personas furiosas y curiosas de escuchar al señor Newman. El sermón que pronunció calmó sus iras y la policía no tuvo que intervenir. Quedaron sorprendidos cuando vinieron cuarenta niños a las charlas de la última hora de la tarde, iniciadas a la semana de empezar. Buscaban instrucción, y los oratorianos no creían que aquello durase, pero duró. Los que acudían fueron descritos por Newman: «Los pobres chicos de fábrica no parece que tengan ningún prejuicio contra nosotros, muchos de ellos sencillamente no profesan ninguna religión y un buen número no han sido bautizados». Las chicas lo tenían más difícil, puesto que al ser católicas no se podían casar con anglicanos ni encontraban trabajo. Pero de esta juventud abandonada del progreso industrial, Newman y sus compañeros lograron crear una comunidad católica floreciente, que llega hasta hoy. De sus predicaciones en Birmingham irá surgiendo el primero de los volúmenes de los sermones católicos: *Discursos de misión a asambleas interconfesionales* (1849).

9. BIRMINGHAM: INTENSO APOSTOLADO ENTRE LOS POBRES

En la ciudad de Birmingham Newman se sintió feliz, y tocó los umbrales de la miseria: chinches en el confesionario, malos olores en las casas, gente pobre y analfabeta. El año 1849 se declaró el cólera. Birmingham quedó libre pero la cercana Bilton tuvo mala fortuna y el obispo le pidió a Newman que

mandara un hermano para ayudar al sacerdote. El celo de caridad de Newman no se hizo esperar, y él mismo con su amigo St. John partieron de inmediato, dejando a todos los de la parroquia «llorando como si nos fueran a matar» —comentó él en tono jocoso—. Cuando ya no fueron necesarios Newman partió para unas vacaciones, y a su regreso tuvo una acogida multitudinaria en Birmingham. Llegadas las Navidades ese año estaban tan pobres que no tenían ni figuras para le Belén y celebraron la Navidad con un cuadro regalado por la señorita Giberne adornado con flores y luces. Como no podían pagar un organista el mismo Newman hizo este oficio.

En octubre de 1850 el cardenal Wiseman y el papa Pío IX decidieron erigir en sedes episcopales los vicariatos apostólicos. Los anglicanos reaccionaron furiosos, y hubo protestas populares quemando incluso muñecos de Wiseman y del papa. Newman no estaba de acuerdo con dicha decisión de carácter eclesiástico, pero, hechas las cosas, decidió defender a los católicos de su país y pronunció sus *Conferencias sobre la situación actual de los católicos de Inglaterra*. Plasmó en esta obra un ataque sostenido contra la idea de Iglesia que tenían los fanáticos protestantes. Las conferencias concluyen con una llamada al laicado a ser cultivado, activo, y que sepa dar razón de su fe. Ideas más que novedosas en aquel tiempo.

10. FUNDADOR DE LA UNIVERSIDAD DE IRLANDA: INCOMPENDIDO

En 1852, los obispos irlandeses llamaron a Newman para que fundase allí una Universidad católica. Él aceptó con obediencia, siempre que el papa le permitiera ausentarse de Birmingham. Allí, ese año, en Dublín pronunció sus *Discursos so-*

bre la naturaleza y objetivo de la educación Universitaria. Ello constituirá la primera parte de su obra: *Idea de una Universidad*. El 3 de noviembre de 1854 se ponía en marcha la Universidad con un puñado de profesores y un grupo brillante de alumnos. El mayor problema fue la desconfianza y divisiones que hubo entre los obispos irlandeses respecto a ella. En ese tiempo, el obispo de Dublín, que desconfiaba de Newman, desbarató el plan de hacer obispo a Newman, después que ya estaba anunciado en Roma. Pero a Newman eso no le importó. Él luchó por una Universidad de seculares y para seculares, no confundiéndola con un seminario. Para ello, Newman contaba con jóvenes de todo tipo, y sobre todo con preparar a jóvenes para los tiempos nuevos: practicaba con ellos la equitación, favorecía la música, trataba temas de interés en tertulias y les habilitó un salón de billar, para que disfrutasen del juego de moda, cosa que exasperó al obispo de Dublín. Había que educar para un mundo moderno, sin ocultar nada del tiempo. Debido a los impedimentos y la conducta extraña del obispo de Dublín, así como a la necesidad de su presencia en el oratorio, Newman dimitió de su rectorado y volvió a Birmingham en 1858, aunque trabajaría por la Universidad hasta el fin de su periplo católico, que llegó en 1882, cuando el gobierno la incautó para el Estado.

Por estos años cincuenta aparece su segunda novela *Calixta*, que narra la historia de una convertida en el siglo III en el norte de África, en el ambiente eclesial en torno a san Cipriano de Cartago. En ella hay temas doctrinales, como el tema de la inhabitación de Dios en el alma del cristiano. En todo caso, el Newman católico no se sentía llamado a ser un maestro en cuestiones del dogma católico, pues se había permitido escribir con mucha libertad. Él pretendió más bien dar una aporta-

ción en el terreno práctico. Signo inequívoco de la práctica de la caridad es que el año 1858 terminó con la muerte de la señorita Farrant, que era con su hermana amiga de Newman, y había proyectado fundar un hospital para pobres, pero el proyecto se vino abajo con dicha muerte.

Los católicos ingleses, debido a su bajo nivel de enseñanza y formación, no podían ejercer debidamente sus capacidades e influencia en el mundo inglés. Para remediarlo, Newman fundó en 1859 la «escuela del Oratorio», que pretendía dar formación y educación preparatoria para la Universidad. Fue un éxito efectivo y su ejemplo elevó el nivel de competencia de las demás escuelas del país. Pero también es verdad que le costó algunos de los sufrimientos más grandes de su vida, por culpa de alguno de los hermanos de comunidad que se creyeron dueños de ella, actuando al margen de Newman y de la comunidad, apoyándose en seculares amigos. Ante las calumnias de que Newman estaba imposibilitado para dirigirla y de que los muchachos no recibían la formación religiosa debida, él tuvo que tomar las riendas y dar la formación religiosa a los jóvenes, instruyéndolos en la capilla de S. Felipe mediante el sermón de la misa solemne. Ello hizo que muchos de ellos recordasen para siempre sus palabras exactas y su mirada cuando les hablaba en estos sermones.

Su interés por un laicado cultivado y activo en la Iglesia le llevó a aceptar la dirección de la revista católica «The Rambler». Los obispos le obligaron al poco tiempo a dimitir, pero visto que no comprendían el papel del laicado en la Iglesia escribió su famoso artículo *Sobre la consulta a los fieles en materia doctrinal*. Este artículo (luego publicado como libro) le traería graves consecuencias. Se atrevió en pleno siglo XIX a decir que los obispos debían consultar a los fieles cuando tiene que

discernir cuestiones de moral y doctrina, pues el Espíritu Santo habla en el conjunto de pastores y fieles, y no sólo por voz de los pastores. La prueba histórica más clara él la vio en la historia del arrianismo en los siglos IV-V, donde fueron clérigos, monjes y laicos los que salvaron la fe ortodoxa mientras que la mayoría de los obispos eran arrianos. Por este artículo fue elevada una denuncia de herejía a Roma, y desde entonces, durante muchos años, se desconfió mucho de Newman en Roma, sobre todo por obra de los comportamientos desconcertantes de Ward, Wiseman y Manning, que no mostraron ninguna amistad hacia él. Por fin, en 1864 se llegó a aclarar la cuestión y él se demostró inocente. Mientras tanto calló y se resignó a perder, una vez más, toda su influencia. Además tuvo que sufrir la separación del Oratorio de Londres, por calumnias contra él y oposición a sus ideas, por ejemplo, por declarar que los Estados Pontificios y el poder temporal eran algo aparte de la función espiritual del papa. Esta etapa oscura fue otra gran cruz, al verse reducido por los católicos a la inactividad e inutilidad catorce años después de haberse convertido para trabajar y promover la Iglesia católica.

II. NUEVA CHISPA: LA APOLOGÍA DE SU VIDA Y EL CONCILIO

Hasta 1864 Newman estaba arrinconado por todos, olvidado de los anglicanos e incomprendido por los católicos. Pero una chispa haría saltar de nuevo su genio. Fue la acusación pública de Charles Kingsley denunciando a Newman como el típico ejemplo de hipocresía y falta de veracidad del clero católico. La respuesta no se hizo esperar. Nació así un escrito que pretendía dar la clave de su vida y de su pensa-

miento ante toda Inglaterra. Lo tituló: *Apología pro vita sua*. Es una obra que derrocha memoria, sinceridad y lealtad a sus ideas, una especie de «confesiones», que le valió a Newman el título de «san Agustín del siglo XIX». La lectura de este libro causó tal impacto que nunca Newman tuvo tanto prestigio como ahora. Toda Inglaterra visitaba el Oratorio, incluso monseñor Talbot, que trabajaba en el Vaticano, y que invitó a Newman a predicar en Roma, asegurándole que tendría un auditorio superior a todo lo que podría juntar en Birmingham. La réplica de Newman fue significativa de su opción por los pobres: «la gente de Birmingham tiene alma».

En los años siguientes, las tareas de Newman fueron difíciles. Los ultramontanos se oponían a toda formación abierta de los católicos en universidades protestantes. Newman, recuperado su prestigio, no estaba de acuerdo con esta solución. En general, si de anglicano luchó por restaurar la integridad de la fe verdadera, ahora, como católico, tendría que luchar contra los excesos de los ultra-convertidos, con una finalidad ecuménica y teniendo siempre en el corazón la búsqueda de la unidad. Así pasó en torno al tema de la devoción mariana. De aquí nacerá su *Carta a Pusey* donde sale al paso de ciertos extremos de algunos convertidos al catolicismo ultramontano, como Faber o Ward. Las cosas de nuevo se pusieron en su contra, y Talbot desde Roma escribía a Manning que debía estar firme contra Newman y su entorno. La razón es que Talbot veía en cada inglés un cristiano antirromano, y veía a Newman como el más inglés de los ingleses.

En 1870 se definió el dogma de la infalibilidad pontificia y la jurisdicción universal del romano pontífice en el Concilio Vaticano I. Newman había ya expresado su opinión de la inconveniencia de esta definición. Sus reflexiones eran serias y

en gran parte se adelantaban a los tiempos: «No se corre como un ferrocarril en asuntos teológicos, ni siquiera en el siglo XIX. Hemos de ser pacientes, por dos razones: la primera, para llegar a la verdad; y la segunda, para que los demás puedan ir junto con nosotros. La Iglesia se mueve como un todo; no consiste en una simple filosofía: es una comunión; no sólo descubre sino que también enseña; está obligada a consultar, por caridad tanto como por fe» (12). A él la definición romana no le planteaba problemas, pero a muchos católicos de Inglaterra sí. Surgieron disturbios en Irlanda, donde después de este dogma se decía que los católicos no podrían ser leales a su nación. Gladstone publicó un folleto atacando, y Newman era reclamado por muchos para que respondiese. El se resistía a hacerlo, porque su interpretación moderada a la luz de la Tradición impugnaba las interpretaciones ultramontanas de Manning y Ward, pero con su natural lealtad y amistad a la verdad por encima de su popularidad sentenció: «Soy muy atrevido; no me sorprenderá si algunas personas se irritan en grado considerable. Pero si he de escribir, diré lo que realmente pienso». Así se decidió a escribir y surgió la *Carta dirigida a su Gracia el duque de Norfolk con motivo de la reciente reconversión del señor Gladstone*, escrita en 1874. La Carta, dedicada al joven duque, educado en la escuela del Oratorio, fue un éxito, y todos, tanto católicos como anglicanos (como el mismo Gladstone) quedaron gratamente sorprendidos. Sólo en Roma, de nuevo con intrigas de los ultramontanos, disgustó la Carta, pero Newman dejó claro que estaba cansado de secretismos e intermediarios, y pidió que si había algo que tratar se hiciese con él directamente. Esto zanjó de inmediato las sospechas y se acabó la cuestión de la obra.

(12) Citado en: M. TREVOR: o. cit., 255.

12. UNA «PSICOLOGÍA» DE LA FE: ÚLTIMOS AÑOS, NEWMAN CARDENAL

En 1870 Newman publica su obra *Gramática del asentimiento religioso*. El único libro que no respondió a una necesidad urgente pastoral, una obra que él trabajó durante veinte años. El objetivo del libro, según el propio Newman fue doble. En la primera parte quiere mostrar que puedes creer lo que no puedes comprender. La segunda está dedicada a examinar que puedes creer lo que no puedes probar absolutamente. Se proponía defender a la gran masa de fieles que cree, tiene fe, sin dedicarse a justificar racionalmente su fe, por lo cual era acusada de fideísta. Es todo un tratado de psicología que muestra la legitimidad del asentimiento personal a la fe cristiana, haciendo ver que no sólo existe la racionalidad formal y lógica, sino que hay otra lógica, la de la confianza y la fe, que tiene tanta legitimidad humana y veracidad como la anterior.

Los últimos años de la vida de Newman transcurrieron en medio de una gran actividad. Editó de nuevo casi todas sus obras del periodo anglicano (en 1877 la *Vía media*, p. ej.) pero cuidando con notas y prólogos algunas aclaraciones, sin variar lo sustancial de los textos, para hacer de pedagogo entre los anglicanos. Dedicó mucho esfuerzo al Oratorio de Birmingham. Predicaba los domingos a los muchachos, daba formación religiosa a los cursos superiores y recibía innumerables visitas de amigos y de un grupo estable entorno a él. En diciembre de 1877 se le nombró primer «miembro honorario» del colegio «Trinity» de Oxford, cosa que agradó mucho a Newman, por todo lo que allí había vivido en su juventud. Entre tanto muchos amigos y parientes fueron muriendo, pero nadie quedaba en el olvido en su corazón cada vez más lleno de ca-

ridad. A medida que morían las personas queridas escribía sus nombres en el día correspondiente de su libreta de aniversarios, elaborada por la señora Pusey y regalada a Newman antes de morir ella. Cada semana, casi cada día se acordaba de todos: feligreses de Littlemore, miembros del Oriel, anglicanos y católicos, monjas, niños duquesas, porteros ... todos estaban juntos en su corazón ante Dios.

Al poco de ser nombrado papa, León XIII quiso manifestar una diversa orientación del anterior; haciendo su primer cardenal en la persona de John Henry Newman. Las palabras que dijo en tal momento son significativas; lo definió como: «*il mio cardinale*. No fue fácil, pues decían que era demasiado liberal; pero yo estaba decidido a honrar a la Iglesia honrando a Newman» (13). Esto sucedía en 1879, a pesar de las maniobras Manning en Roma para impedir que esto sucediera. Newman fue a Roma a recibir el cardenalato, y a pesar de sus achaques aquello se convirtió en una gran fiesta para todos los ingleses residentes en la ciudad eterna, y lo mismo sucedió cuando regresó a Birmingham, pronunciando un sermón que casi hizo llorar a todos. Significativo de toda su existencia será el lema que él escogió para su escudo cardenalicio: *cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón), que él tomó de un pensamiento de S. Francisco de Sales.

A partir de 1886 Newman empezó a decaer. Sus capacidades físicas, más que las mentales se resintieron, con dificultades en la vista, encorvamiento o una caída en su habitación que le dejó muy lastimado. En esos años moría su obispo, monseñor Ullathorne, con quien había tenido tantas batallas y quien le había defendido tantas veces de aquellos que se con-

(13) Ch. S. DESSAIN: o. cit., 222.

sideraban «la» Iglesia: los ultramontanos. Hay un detalle revelador en la última visita que hizo el obispo a Newman. Al final de la misma, el anciano cardenal se deslizó hasta las rodillas del obispo y le pidió la bendición. Ullathorne quedó impresionado y escribió: «Me sentí anonadado en su presencia. ¡Hay un santo en aquel hombre!».

El resto de los años de vida que aún quedaban a Newman los vivió por fin en paz, lleno de intensas relaciones y fuera de las sospechas que tanto le habían hecho sufrir. Colmado de años y de sabiduría Newman murió en Birmingham el 11 de agosto de 1890. Sobre su lápida se esculpió la frase que él mismo eligió como epitafio y que resumía toda su vida apasionada por la verdad: *Ex umbris et imaginibus in veritatem*. El 22 de enero de 1991, Juan Pablo II proclamó «Venerable» por sus «virtudes heroicas» al cardenal John Henry Newman. Su beatificación está prevista para la primavera de 2009.

BIBLIOGRAFÍA BREVE DE J. H. NEWMAN EN ESPAÑOL

El sueño de un anciano («The Dream of Gerontius», 1867).

— 1954. Rialp, Madrid 1954.

— 1965. El Club del Lectores, Buenos Aires 1965.

El Asentimiento religioso («The Grammar of Asent», 1870).

— 1960. Biblioteca Herder, Sección de Teología y Filosofía, núm. 40, Barcelona 1960, 421 pp.

Sermones Universitarios: La Fe y la Razón («Fifteen Sermons Preached before de University of Oxford, 1826-1843»).

— 1993. Ediciones Encuentro, Colección Ensayos, núm. 73, Madrid 1993, 441 pp.

Perder y Ganar («Loss and Gain», 1851).

— 1994. Ediciones Encuentro, Colección Creación Literaria, núm. 20, Madrid 1994, 355 pp.

Apología pro Vita Sua. [1865].

— 1977. BAC, Madrid.

— 1996. Víctor García Ruiz y José Morales Marín, Ediciones Encuentro, Madrid 1996, 371 pp.

Discurso sobre el Fin y Naturaleza de la Educación Universitaria.

[1852]. («The Idea of a University», Part I, 1852 & 1889).

— 1946. EPESA, Madrid 1946.

— 1996. Introducción y Notas de José Morales, EUNSA, Pamplona. 1996, 236 pp.

Via Media de la Iglesia Anglicana. Conferencias sobre la función profética de la Iglesia considerada en relación con el sistema romano y con el protestantismo popular («The Via Media of the Anglican Church illustrated in Lectures and Tracts, with Preface and Notes», 2 vols. (1877; 1885: Ed. Longmans, Green and Co., vol I: 356 pp., vol. II: 424 pp.; 1990: Clarendon Press, Oxford, XXIX+416 pp., ed., introd. y notas de H. D. Weidner).

— 1995. Trad., introd. y notas de Boix, Aureli, «Biblioteca Oecumenica Salmanticensis, 22», Centro de Estudios Orientales y Ecueménicos «Juan XXIII», Salamanca 1995, 440 pp.

Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana. («The Essay on the Development of Christian Doctrine (1845)», 1878.

— 1997. Ramón de la Trinidad Piñero Marín. Ed. a cargo de Rodríguez Garrapucho, Fernando, Biblioteca Oecumenica Salmanticensis, Vol 24, Salamanca 1997, 495 pp.

Calixta. (Callista: a Tale of the Third Century 1856).

— 1948. Difusión, Buenos Aires.

— 1998. Ediciones Encuentro, Madrid 1998, 319 pp.

Consulta a los fieles en materia doctrinal —*Documento Newman-Perrone de 1847 sobre la evolución del dogma*— *Documento Newman-Flanagan de 1868*, («On Consulting of Faithful in Matters of Doctrine», Julio, 1859).

— 2001. Trad. y notas de Boix, Aureli. Ed. a cargo de Rodríguez Garrapucho, Fernando, Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis, 26, Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos «Juan XXIII», Salamanca 2001, 169 pp.